



ROBERT D. KAPLAN

Autor de *Tierra baldía* y *La venganza de la geografía*

El retorno del mundo de Marco Polo

Guerra, estrategia e intereses de Estados Unidos en el siglo XXI



ROBERT D. KAPLAN

EL RETORNO
DEL MUNDO DE
MARCO POLO

*Guerra, estrategia y los intereses
estadounidenses en el siglo XXI*

Traducción de
ALBINO SANTOS MOSQUERA

RBA

Índice

Prefacio y agradecimientos

Estrategia

1. El retorno del mundo de Marco Polo y la respuesta militar estadounidense

2. El arte de evitar la guerra

3. La tragedia de la política exterior estadounidense

4. Un declive elegante: la creciente importancia de la Armada

5. Cuando caiga Corea del Norte

La Guerra Y Sus Costes

1. Una relectura de la guerra de Vietnam

2. Irak: el juego de los «contrafactuales»

3. Un frente interno herido

4. No hay mayor honor

Pensadores

1. En defensa de Henry Kissinger

2. Samuel Huntington: la audacia de mirar al mundo a los ojos

3. Por qué John Mearsheimer tiene razón (en algunas cosas)

Reflexiones

1. En política exterior, Donald Trump no es ningún realista

2. El momento posimperial

3. Destinado a liderar

4. El gran peligro de un nuevo utopismo

El Regreso De Marco Polo

1. De viaje por la nueva Ruta de la Seda de China

Notas

Título original inglés: *The Return of Marco Polo's World*.

Autor: Robert D. Kaplan.

© Robert D. Kaplan, 2018.

Por acuerdo con el autor.

Todos los derechos reservados.

© de la traducción: Albino Santos Mosquera, 2019.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2019.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: enero de 2026

REF.: ODBO472

ISBN: 978-84-9187-409-6

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A ELIZABETH M. LOCKYER

Los orígenes de las guerras calientes han de buscarse en las guerras frías, y los orígenes de las guerras frías se encuentran en el ordenamiento anárquico de la esfera internacional. [...] Los teóricos quieren explicarnos algo que los historiadores ya saben: que la guerra es lo normal.

KENNETH N. WALTZ, 1988

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

El capítulo con el que se inicia el libro y que sirve de punto de anclaje a toda esta recopilación de artículos es un estudio que escribí para la Oficina de Evaluación Neta del Pentágono a finales del verano de 2016 y que esta institución ha hecho público en fecha reciente. Para su inclusión en la presente compilación, me he limitado a poner al día algún que otro elemento (muy pocos). El resto de artículos, cuya fecha de publicación original se remonta, en algún caso, a diecisiete años atrás incluso, se recogen aquí tal cual aparecieron en su momento. Por consiguiente, es muy posible que el lector detecte alguna que otra repetición de ideas (hasta frases literales), o errores en algunos de los supuestos de partida que yo manejaba y que el tiempo ha revelado equivocados.

El primero de mis agradecimientos es para James H. Baker, coronel (ya retirado) de la Fuerza Aérea, y para el doctor Andrew D. May, ambos de la Oficina de Evaluación Neta, por su ayuda y su interés. Evaluación Neta encargó el ya mencionado ensayo breve a través del Centro para una Nueva Seguridad Estadounidense (CNAS) en Washington, con cuyo personal y, en especial, con cuya directora ejecutiva (Michele Flournoy), presidente (Richard Fontaine), director de estudios (Shawn Brimley) y directora

creativa (Melody Cook), tengo una gran deuda de gratitud. Y estoy especialmente agradecido, en particular, al director del Programa de Estrategias y Evaluaciones de Defensa del propio CNAS, el capitán de navío (retirado) Jerry Hendrix, por la orientación que me ha brindado. Para escribir ese ensayo breve y para su posterior transformación en capítulo del presente libro, también he contado con las aportaciones intelectuales y la guía de la doctora Shamila Chaudhary, asesora principal del decano de la Escuela de Estudios Internacionales Avanzados (SAIS) de la Universidad Johns Hopkins; de Svante Cornell, director del Instituto Asia Central-Cáucaso de la propia SAIS de la Johns Hopkins; de Reva Goujon, vicepresidenta de análisis global de la empresa Stratfor; del coronel del Ejército Valery Keaveny, Jr.; del teniente de aviación Robert Lyons; del teniente coronel de los Marines Peter McAleer; del teniente general del Ejército H. R. McMaster; del teniente coronel de los Marines David Mueller; de Evan Osnos, periodista de *The New Yorker*; de Karim Sadjadpour, socio sénior del Fondo Carnegie para la Paz Internacional; del almirante de la Armada (retirado) James Stavridis, decano de la Facultad de Derecho y Diplomacia de la Universidad de Tufts, y de Jim Thomas, socio sénior distinguido del Centro de Evaluaciones Estratégicas y Presupuestarias. A todos ellos y ellas, muchas gracias. En cualquier caso, los errores o incorrecciones presentes en el análisis que recoge este primer capítulo son exclusivamente míos.

A propósito de los otros artículos, estoy muy agradecido por el apoyo que he recibido a lo largo de los años de todos los directores de *The Atlantic*, *The American Interest*, *The National Interest* y *The Washington Post*, y muy en especial, a James Bennet, James Gibney, Cullen Murphy, Scott Stossel, Adam Garfinkle y Jacob Heilbrunn.

Anna Pitoniak supervisó desde Random House la producción y la presentación de este libro, y tuvo siempre buenos consejos para mí. Mis agentes literarios, Gail Hochman, Marianne Merola y Henry Thayer, me aportaron su habitual y excepcional apoyo. El ya desaparecido Carl D. Brandt me asesoró bien en las fases iniciales de este proyecto editorial, al igual que Henry Thayer en las fases finales. Elizabeth M. Lockyer organiza meticulosamente mi vida profesional con la ayuda de Diane y Marc Rathbun. Y mi esposa, Maria Cabral, sigue ahí con su amor y su apoyo de décadas.

ESTRATEGIA

EL RETORNO DEL MUNDO DE MARCO POLO Y LA RESPUESTA MILITAR ESTADOUNIDENSE

Europa desaparece y Eurasia se cohesiona. El supercontinente se está convirtiendo en una unidad de comercio y conflicto fluida y reconocible al tiempo que el sistema de Estados surgido de la paz de Westfalia se debilita, y que ciertas herencias imperiales más antiguas — la rusa, la china, la iraní, la turca— vuelven a adquirir preeminencia. Todas las crisis actuales en el espacio que se extiende desde la Europa central hasta el corazón territorial de China (el de la etnia) han están interconectadas. Es un único campo de batalla.

Lo que sigue a continuación es una guía histórica y geográfica para entenderlo.

LA DISPERSIÓN DE OCCIDENTE

Nunca antes en la historia alcanzó la civilización occidental tal extremo de concisión geopolítica y poder bruto como durante la Guerra Fría y los años inmediatamente posteriores al final de esta. Por espacio de bastante más de

medio siglo, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) condensó en forma de robusta alianza militar toda una tradición milenaria de valores políticos y morales (*Occidente*, para entendernos). La OTAN fue, antes de nada, un fenómeno cultural. Sus raíces espirituales se remontan a los legados filosóficos y administrativos de Grecia y de Roma, a la formación de la cristiandad durante la Alta Edad Media, y a la Ilustración de los siglos XVII y XVIII, ideas todas ellas de las que surgió la revolución que originó la independencia estadounidense. Ciertamente es que varias naciones clave de Occidente combatieron aliadas en la Primera y la Segunda Guerra Mundial, y que, de aquellas colaboraciones dictadas por las circunstancias, surgieron escenarios precursores de las posteriores estructuras (más seguras y elaboradas) de la OTAN. Dichas estructuras fueron fortalecidas, a su vez, por un sistema económico de alcance continental que culminó en la creación de la Unión Europea (UE). La UE dio apoyo político y sustancia cotidiana a los valores inherentes a la OTAN, que (en un sentido muy general) podríamos definir como la victoria del imperio de la ley sobre la autoridad arbitraria de los gobernantes, la primacía de los Estados de derecho sobre las naciones étnicas, y la protección del individuo con independencia de su raza o religión. La sustancia de la democracia, a fin de cuentas, no reside tanto en la celebración de elecciones como en la imparcialidad de sus instituciones. Al término de la Larga Guerra Europea (1914-1989), aquellos valores reinaban triunfales frente a

un comunismo definitivamente derrotado, y la OTAN y la UE extendieron sus sistemas por toda la Europa central y del este, desde el mar Báltico (al norte) hasta el mar Negro (al sur). Y bien podemos afirmar que aquella fue una *larga guerra europea*, pues las privaciones (tanto políticas como económicas) características del tiempo de guerra perduraron en los Estados satélites soviéticos hasta 1989, año en que Occidente se impuso sobre el segundo de los sistemas totalitarios de Europa igual que lo había hecho sobre el primero de ellos en 1945.

Las civilizaciones prosperan muchas veces en oposición a otras. Del mismo modo que la cristiandad alcanzó forma y sustancia enfrentándose al islam tras la conquista musulmana del norte de África y del Levante mediterráneo en los siglos VII y VIII, Occidente forjó su paradigma geopolítico definitivo enfrentándose a la Alemania nazi y a la Rusia soviética. Y como las réplicas del gran seísmo que fue la Larga Guerra Europea se prolongaron hasta el final mismo del siglo XX, con la disolución de Yugoslavia y el caos interno en Rusia, la OTAN y la UE continuaron siendo durante esos años tan relevantes como antes: la OTAN demostró su capacidad expedicionaria en el caso de Yugoslavia, y la UE fue ganando espacio mediante incursiones cada vez más profundas en el espacio del antiguo Pacto de Varsovia, aprovechando la debilidad rusa. Esa era fue llamada la Posguerra Fría, es decir, que se definió en función de aquello otro que había acaecido justo

antes de ella y cuya influencia todavía se dejaba sentir por entonces.

Ese influjo de aquella Larga Guerra Europea, que duró tres cuartos de siglo, sigue notándose todavía en el desarrollo de los acontecimientos y me sirve de punto de entrada para describir todo un mundo nuevo que se abre mucho más allá de Europa y que los militares estadounidenses están obligados ahora a afrontar. Y puesto que la difícil situación europea actual constituye una buena introducción a ese mundo nuevo, empezaré con ella.

Fue la monumental devastación dejada por dos guerras mundiales la que llevó a las élites europeas, a partir de finales de la década de 1940, a renegar por completo del pasado, con todas las divisiones culturales y étnicas que le habían sido consustanciales. Solo se conservaron los ideales abstractos de la Ilustración, los cuales, a su vez, alentaron una ingeniería política y una experimentación económica que originaron, como respuesta moral específica al sufrimiento humano de 1914-1918 y 1939-1945, la instauración de unos generosos Estados sociales del bienestar que implicaban una elevada regulación de las economías. En lo referente a los conflictos políticos nacionales que dieron origen a las dos guerras mundiales, no se dejó margen a que se repitieran porque, además de otros aspectos de cooperación supranacional, las élites europeas impusieron una unidad monetaria única en buena parte del continente. Pero, salvo en las sociedades europeas septentrionales más disciplinadas, esos Estados

sociales del bienestar se han revelado inasequiblemente caros justo en el momento en que la moneda única ha hecho que las economías del sur de Europa, más débiles, acumulen volúmenes masivos de deuda. Por desgracia, pues, el intento de redención moral emprendido tras la Segunda Guerra Mundial, ha conducido, con el paso del tiempo, a un infierno económico y político de muy difícil solución.

Pero la ironía de la situación no se detiene ahí. Las calmadas y felices décadas que vivió Europa durante la segunda mitad del siglo xx nacieron (en parte) de su separación demográfica del Oriente Próximo musulmán. También esa fue una consecuencia de la fase de Guerra Fría de la Larga Guerra Europea, cuando, bajo el asesoramiento y el apoyo soviéticos, se erigieron y se sostuvieron durante décadas diversos Estados prisión totalitarios en lugares como Libia, Siria e Irak, unos Estados que, más tarde, adquirirían vida propia. Europa fue afortunada durante mucho tiempo en ese aspecto: podía negarse a participar en la política de poder internacional y pregonar la defensa de los derechos humanos precisamente porque estos les eran negados a decenas de millones de musulmanes que vivían justo al otro lado de sus fronteras, millones de personas a quienes también se les negaba la libertad de movimiento. Pero esos Estados prisión musulmanes prácticamente se han desmoronado por completo (bajo su propio peso o por interferencia extranjera) y su caída ha generado una oleada de

refugiados hacia unas sociedades, las europeas, lastradas hoy por la deuda y el estancamiento económico. Europa se fractura ahora desde dentro a medida que el populismo reaccionario se afianza y se erigen nuevas fronteras por todo el continente con la intención de impedir el movimiento de refugiados musulmanes de un país a otro. Pero, al mismo tiempo, Europa se disuelve desde fuera, reunificado su destino con el de Afro-Eurasia en su conjunto.

Todo esto es un producto natural de la geografía y la historia. Durante siglos, en la Edad Antigua, Europa significó el conjunto de la cuenca mediterránea, el famoso *Mare Nostrum* («mar Nuestro») de los romanos, que incluyó al norte de África hasta la invasión árabe de la Alta Edad Media. Esa realidad subyacente jamás desapareció del todo: a mediados del siglo xx, el geógrafo francés Fernand Braudel insinuó que la verdadera frontera sur de Europa no era Italia ni Grecia, sino el desierto del Sáhara, donde se forman actualmente caravanas de inmigrantes con destino al norte.¹

Europa —en la forma en que la conocíamos, al menos— ha empezado a desaparecer. Y con ella, Occidente mismo —por lo menos, como fuerza geopolítica nítidamente perfilada— también pierde mucha de su definición. Es evidente que Occidente como concepto de civilización lleva ya bastante tiempo en crisis. El hecho más que patente de que cada vez sean más infrecuentes y controvertidas las asignaturas sobre civilización occidental en la mayoría de

campus universitarios de Estados Unidos es indicativo del efecto del multiculturalismo en un mundo en el que se intensifican las interacciones cosmopolitas. Tras recordar que Roma solo había heredado parcialmente los ideales de Grecia y que los propios ideales romanos prácticamente se perdieron en la Edad Media, el intelectual liberal ruso del siglo XIX Alexandr Herzen señalaba también que «el pensamiento occidental pasará a la historia y quedará incorporado a ella, tendrá su influencia y su lugar, igual que nuestro cuerpo pasará a integrarse en la composición de la hierba, las ovejas, las chuletas y los hombres. Esa clase de inmortalidad no nos gusta, pero ¿qué otro remedio nos queda?». ²

Lo cierto es que la civilización occidental no se está destruyendo: más bien, se está diluyendo y dispersando. A fin de cuentas, si lo pensamos bien, ¿qué es lo que define exactamente a la globalización? Más allá de la caída de las fronteras económicas, ha sido la adopción a escala mundial de la variante estadounidense de capitalismo y gestión la que, fusionada con el avance de los derechos humanos (otro concepto occidental), ha dado pie a las más eclécticas formas de combinación cultural y ha erosionado de paso la histórica división entre Oriente y Occidente. Tras ganar la Larga Guerra Europea, Occidente, lejos de proceder victorioso a conquistar el resto del mundo, está empezando ahora a perderse él mismo dentro de lo que Reinhold Niebuhr llamó «una vasta telaraña de historia». ³ La descomposición de la que habló Herzen ha comenzado ya.

Europa desaparece y Eurasia se cohesiona. No quiero decir con ello que Eurasia se esté unificando o siquiera estabilizando en el sentido en que estaba haciéndolo Europa durante la Guerra Fría y la Posguerra Fría; solo digo que las interacciones entre la globalización, la tecnología y la geopolítica, mutuamente reforzadas de ese modo, están llevando al supercontinente euroasiático a convertirse —en términos analíticos— en una unidad fluida y reconocible. Sencillamente, *Eurasia* tiene hoy sentido como nunca lo había tenido. Además, debido a la reunificación de la cuenca mediterránea, evidenciada por la afluencia en masa a Europa de refugiados del norte de África y del Levante, y debido al espectacular crecimiento de las interacciones de extremo a extremo del océano Índico, desde Indochina hasta el África del este, ahora podemos hablar de *Afro-Eurasia*, así, en una sola palabra. La expresión «la Isla Mundo», con la que Halford Mackinder, geógrafo británico de principios del siglo xx, se refirió a la suma de Eurasia y África, ha dejado de ser prematura.⁴

Este Occidente que se desvanece lentamente instiga esa evolución de los acontecimientos plantando sus semillas de unidad en una cultura global emergente que abarca varios continentes. Otro factor que fomenta este proceso es la erosión de las distancias propiciada por la tecnología: nuevas vías para el tráfico rodado, puentes, puertos,

aviones, cargueros gigantes y cables de fibra óptica. De todos modos, conviene que nos demos cuenta de que todo esto solo conforma un nivel de las varias capas de transformaciones que están teniendo lugar, y que hay más cambios problemáticos de los que dar cuenta también. Y es que, precisamente porque la globalización socava tanto la religión como la cultura, los fenómenos religiosos y culturales tienen que reinventarse ahora bajo formas más severas, monocromáticas e ideológicas facilitadas además por la revolución de las comunicaciones. He ahí los ejemplos de Boko Haram y de Estado Islámico, que no representan al islam en sí, sino a un islam prendido por la llama de la conformidad tiránica y la histeria de unas masas inspiradas por internet y las redes sociales. Como ya he escrito en ocasiones anteriores, lo que se está produciendo no es el llamado *choque de civilizaciones*, sino el choque entre civilizaciones reconstruidas artificialmente. Y esto no hace más que recrudecer las divisiones geopolíticas, las cuales —como pone de manifiesto la caída de los Estados prision de Oriente Próximo— se hacen evidentes, no solo entre Estados, sino dentro de cada uno de ellos.

Los episodios de agitación violenta, combinados con la revolución de las comunicaciones en todos sus aspectos —desde las ciberinteracciones hasta las nuevas infraestructuras de transporte—, han forjado un mundo más claustrofóbico y más ferozmente disputado: un mundo en el que el territorio todavía importa y donde toda crisis

interactúa con todas las demás como nunca antes. Todo esto se ve intensificado, además, por la expansión de las megaurbes y por el crecimiento demográfico absoluto. Por muy superpoblado que esté un territorio, por muy diezmada que esté su capa freática y los nutrientes de su terreno, la gente está dispuesta a luchar por hasta el último pedazo del mismo. En una Tierra violenta e interactiva como esta, las nítidas divisiones de los estudios por área geográfica, típicos de la Guerra Fría, y hasta las divisiones de los continentes y los subcontinentes, están empezando a difuminarse al tiempo que el recuerdo de la Larga Guerra Europea se va borrando de la memoria viva. Europa, África del norte, Oriente Próximo, Asia central, el sur asiático, el sureste asiático, Asia oriental y el subcontinente indio están condenados a tener cada vez menos sentido como conceptos geopolíticos. En su lugar, y debido a la erosión tanto de las fronteras duras como de las diferencias culturales, el mapa evidenciará un continuo de sutiles gradaciones, que empezarán en la Europa central y el Adriático, y terminarán más allá del desierto de Gobi, donde comienza la cuna agrícola de la civilización china. La geografía importa, pero las fronteras legales ya no importarán tanto.⁵

Este mundo estará cada vez más entrelazado por obligaciones formales constituidas tanto por encima como por debajo del nivel de los gobiernos nacionales, una situación cuyas características funcionales recuerdan mucho a las del feudalismo. Igual que la región del Al

Ándalus medieval en España y Portugal fue un rico crisol de civilizaciones —musulmana, judía y cristiana— presidido por los árabes, pero sin conversiones forzadas al islam, este otro mundo emergente nuestro —o, mejor dicho, la parte del mismo que no sea una zona de conflicto— será un entorno de tolerancia y de suculentas mezclas culturales en las que el espíritu liberal de Occidente se disolverá y solo bajo esa forma disuelta estará presente. En lo que a los conflictos regionales respecta, casi siempre tendrán implicaciones globales, dada la creciente interconexión entre todas las partes de la Tierra. Véase, si no, cómo unos conflictos locales que implicaban a Irán, Rusia y China han desembocado, en el transcurso de las décadas, en atentados terroristas y ciberataques contra Europa y América.

Las divisiones geográficas serán a un tiempo mayores y menores que en el siglo xx. Serán mayores porque las soberanías se multiplicarán: una pléyade de ciudades-Estado y de regionesEstado surgirán de los Estados actualmente existentes y adquirirán mayor relevancia, mientras que una organización supranacional como la UE continuará su declive y otra como la ASEAN está destinada a tener muy poco sentido en un mundo de intimidación y poder.⁶ Pero las divisiones geográficas serán también menores porque las diferencias —y, en particular, el grado de separación— entre regiones como Europa y Oriente Próximo y Medio, y entre Oriente Próximo y Medio y el sur de Asia, y entre el sur de Asia y el Asia oriental,

disminuirán. El mapa se volverá más fluido y barroco, por así decirlo, pero seguirá un mismo patrón que se irá repitiendo. Y será un patrón fomentado tanto por la profusión como por la consolidación de carreteras, vías férreas, oleoductos y cables de fibra óptica. Obviamente, las infraestructuras de transportes no anularán la geografía. De hecho, el gasto mismo que, en muchas zonas del planeta, hay que dedicar a construir las es una demostración de la innegable realidad de la geografía. Cualquiera que se dedique al negocio de la prospección energética o que haya participado en algún juego de guerra con los Estados bálticos o el mar de la China Meridional como teatros de operaciones sabe lo mucho que importa aún la geografía en su concepción tradicional. Además, las infraestructuras de transportes vitales constituyen otro de los factores que hacen que la geografía —y, por extensión, la geopolítica de nuestro tiempo— resulte más opresiva y claustrofóbica. La conectividad, lejos de traer consigo más paz, prosperidad y uniformidad cultural, como a los optimistas tecnológicos les gusta afirmar, nos dejará un legado mucho más ambiguo. A mayor conectividad, más trascendente será lo que se dirima en las guerras y más fácil será que estas se propaguen de un área geográfica a otra. Las grandes empresas serán las beneficiarias de este mundo nuevo, pero siendo incapaces como son (la mayoría de ellas) de proporcionar seguridad, no tendrán el control último de la situación.

Nada ilustra mejor este proceso que los intentos del gobierno chino de tender un puente terrestre a través del Asia central y occidental hacia Europa, y una red marítima que atravesase el océano Índico desde el este de Asia hasta Oriente Próximo. Estos conductos terrestres y marítimos podrían estar interconectados a su vez, pues China y Pakistán (e Irán y la India) aspiran a enlazar los yacimientos de petróleo y gas natural de la lejana y muy continental Asia central con el océano Índico al sur.⁷ El lema con el que China promociona esos proyectos de infraestructuras es «un cinturón, una ruta», y de hecho, eso es lo que es: una nueva Ruta de la Seda. La Ruta de la Seda medieval no era una única vía, sino una enorme red comercial que, aunque no estaba establecida formalmente como tal, comunicaba frágilmente Europa con China, tanto por tierra como por el océano Índico. (La Ruta de la Seda no se conoció por ese nombre —la *Seidenstrasse*— hasta que así la bautizó a finales del siglo XIX un geógrafo alemán, el barón Ferdinand von Richthofen.) El carácter relativamente ecléctico y multicultural de la Ruta de la Seda durante la Edad Media hizo que, según el historiador Laurence Bergreen, no fuese «lugar donde tuviesen cabida ortodoxias ni fanatismos». Además, los viajeros medievales que recorrían la Ruta de la Seda se encontraban con un mundo que era «complejo, tumultuoso y amenazador, pero poroso en cualquier caso». Por consiguiente, con cada nuevo relato de alguno de aquellos viajeros, iba creciendo en los europeos la impresión no de que el mundo fuese un

lugar «más pequeño y manejable», sino «más grande y caótico».⁸ Esto mismo describe a la perfección nuestra época actual, en la que, cuanto más pequeño se vuelve el mundo en la práctica por acción del avance de la tecnología, más permeable, complejo y abrumador nos parece, con sus innumerables crisis sin solución aparente, todas ellas interconectadas. Marco Polo, el mercader veneciano de finales del siglo XIII que recorrió aquella Ruta de la Seda a lo largo y a lo ancho, es el personaje histórico más famoso que asociamos con aquel mundo. La ruta por la que él viajó nos proporciona un boceto inmejorable con el que representar y definir la geopolítica de Eurasia en la era que está por venir.

IMPERIOS DIFUMINADOS EN EL CAMINO DE MARCO POLO

Marco Polo, que inició su viaje de veinticuatro años por Asia zarpando rumbo a la costa oriental del Adriático en 1271, pasó considerables periodos en Palestina, Turquía, el norte de Irak, todo el territorio de Irán (desde el norte azerí y kurdo hasta el golfo Pérsico), el norte y el este de Afganistán, y la provincia china (aunque étnicamente túrcica) de Sinkiang, antes de llegar a la corte del emperador mongol, Kublai Kan, en Cambaluc (la actual Pekín). Desde Cambaluc, recorrió lugares de toda China y también de Vietnam y Birmania. Su ruta de regreso a Venecia lo llevaría a cruzar el océano Índico por el estrecho

de Malaca hasta Sri Lanka, desde donde siguió la costa occidental de la India hasta Gujarat, e hizo luego escapadas adicionales a Omán, Yemen y el este de África. Pues, bien, si el mundo de comienzos del siglo XXI tiene un foco central de atención geopolítica, es precisamente ese: la cuenca del océano Índico, desde el golfo Pérsico hasta el mar de la China Meridional, con Oriente Próximo y Medio, el Asia central y China incluidos. El régimen chino actual se propuso en su momento que su Ruta de la Seda terrestremarítima reproduzca exactamente la que Marco Polo siguió en su día. No es casualidad. Los mongoles, cuya dinastía Yuan rigió los destinos de China durante los siglos XIII y XIV, fueron, en realidad, unos «practicantes tempranos de la globalización» que se propusieron interconectar el conjunto de la Eurasia habitable en el marco de un imperio verdaderamente multicultural. Y el arma más imponente de la China Yuan no era la espada —pese a la reputación de sanguinarios que precedía a los mongoles—, sino el comercio: las joyas, las telas, las especias, los metales, etcétera. El distintivo emblemático de la *Pax Mongolica* no fue la proyección de poder militar, sino la extensión de rutas comerciales.⁹ La gran estrategia mongol estaba mucho más cimentada en el comercio que en la guerra. Pues, bien, si se quiere entender la gran estrategia de China en la actualidad, no hay más que fijarse en el imperio de Kublai Kan.

Ahora bien, a Kublai Kan aquello no le funcionó del todo. Persia y Rusia estaban fuera del control chino, y el

subcontinente indio, separado de China por el alto muro del Himalaya, y con mares a ambos lados, continuó siendo una isla geopolítica aparte. De todos modos, durante todo ese tiempo, el Gran Kan no dejó de fortalecer su base en la que siempre ha sido la «cuna» cultivable de la civilización china: la China central y oriental, lejos de las áreas habitadas por la minoría musulmana en el desierto occidental. En todos esos detalles, las características geopolíticas del mundo de Marco Polo se ajustan de manera bastante aproximada a las de nuestro mundo actual.

También Marco Polo creía que China era el futuro. El carbón, el papel moneda, las gafas y la pólvora eran maravillas chinas desconocidas en Europa en aquel entonces, y la ciudad de Hangzhou, con su gigantesco foso y cientos de puentes tendidos sobre sus canales, era, a ojos de Marco Polo, tan bella como Venecia. Pero, de viaje por el Tíbet, también fue testigo del lado oscuro del dominio chino Yuan: la destrucción por la destrucción misma y la incorporación a la fuerza de una provincia lejana.

Además de la isla geopolítica que formaba la India, dos territorios especialmente trascendentales que Marco Polo describe en sus *Viajes* son Rusia y Persia (o Irán, como ahora se la conoce). Rusia la describe —a muy grandes trazos y desde la distancia— como un lugar despoblado y rico en pieles, mientras que Persia determina buena parte de su ruta. Persia (o, lo que es lo mismo, Irán) solo es superada por China a ojos de Marco Polo: una impresión

[43](#). Pierre Manent, *Metamorphoses of the City: On the Western Dynamic*, trad. inglesa de Marc LePain, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2013, pp. 5 y 18.

* Bud Day falleció en julio de 2013. (*N. del t.*)

* Referencia metafórica al mitológico «lecho de Procusto», una figura que se usa habitualmente en el mundo científico para criticar a quienes tratan de ajustar la realidad a sus teorías, en vez de sus teorías a la realidad. (*N. del t.*)

* En el momento en que se produjo la entrevista, Rehnquist era presidente del Tribunal Supremo estadounidense desde 1986. Había sido elegido juez del alto tribunal federal a propuesta de Richard Nixon en 1971. (*N. del t.*)